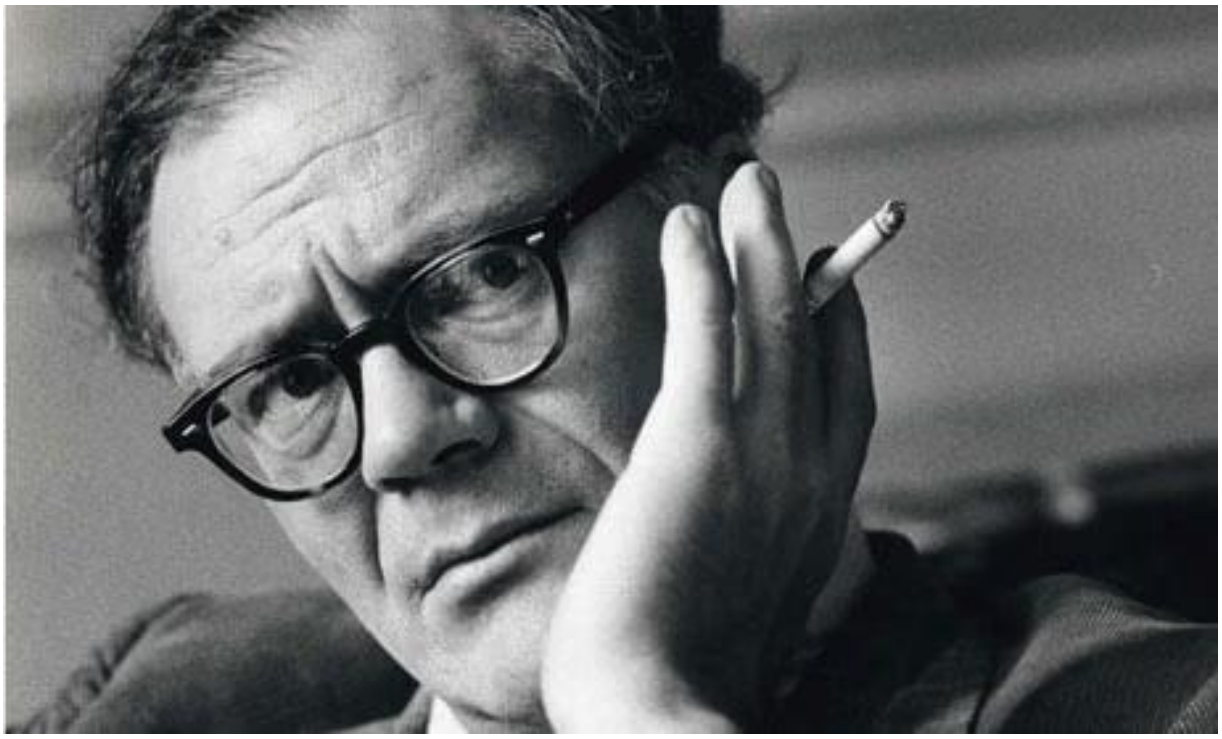
Robert Lowell



El cementerio cuáquero en Nantuket

Para Warren Winslow, muerto en alta mar

"…y les dijo Dios: Fructificad y multiplicaos, llenad la tierra y sojuzgadla,
y señoread sobre los peces del mar, y sobre las aves de los cielos
y sobre todas las bestias que se mueven sobre la tierra."

I.

Un brazo de agua baja y salobre en las afueras de Madaket…
El mar rompía aún con violencia y la noche
se había posado brumosa sobre nuestra flota del Atlántico Norte
cuando el marinero ahogado se aferró a la red barredera. La luz
destelló en su pelo revuelto y sus pies de mármol.
Forcejeó con la red
con los agarrotados y obstinados músculos de sus muslos:
el cadáver exangüe era un despojo de rojos y blancos,
sus abiertos e inmóviles ojos
eran pesados ojos de buey carentes de brillo
o ventanas de camarotes en el casco de un barco encallado
lleno de arena. Lastramos el cuerpo, cerramos
sus ojos y lo devolvimos al mar de donde venía,
ahí donde el escualo de cabeza afilada descorteza su nariz
contra el vacío y la frente de Ahab, y tachamos su nombre con tiza
amarilla.
Marineros que en este portento surcan el mar
donde los acorazados habrán de confesar
su deidad condenada,
dado que no tienen el poder
de defender este atlántico bastión
del que sacude la tierra, verde, incansable y casto
con sus escamas de acero: no clamen por el laúd órfico
para que le devuelva la vida. Los cañones de la flota de acero
retroceden al disparar y luego repiten
el ronco saludo.

II.

Siempre que los vientos soplan y su aliento
tironea los navíos amarrados a este muelle,
los charranes y las gaviotas se estremecen ante tu muerte
en estas aguas nuestras. Marinero, ¿puedes escuchar
las alas marinas del Pequod batiendo hacia la tierra, cayendo
precipitadamente y rompiendo en nuestro muro atlántico
cerca de Sconset, donde los yates de carrera viran y salpican
la boya de campana con los foques hinchados,
mientras enrrollada y chirriante la vela mayor suelta
las poleas; en las afueras de Madaket, donde los inexpertos marineros
se estrellan contra el fuerte oleaje y arrojan calamares como cebo
para los peces azules? Las gaviotas guiñan sus pesados párpados
mirando el mar. Las alas del viento golpean las rocas,
primo, y claman por ti, y sus garras se abalanzan
sobre la garganta del mar y la retuercen en el fango nevado
de este viejo cementerio cuáquero donde los huesos
aúllan de tristeza en la dilatada noche herida por la bestia
que va y viene junto a los balleneros de Ahab en el Este.

III.

Todo cuanto arrebataste a Poseidón murió
contigo, primo mío, y el agua salobre que surcaste
es nada sobre la barba azul del dios,
extendida desde más allá de nosotros hasta los castillos de España,
el puerto que mira a Nantucket hacia el Oeste. Hacia Cape Cod
los cañones, acunados por las olas,
hacen estallar los sargazos, formando una clepsidra
hecha de estela y aguas del pantoque, enturbian la sal y la arena,
azotan el cadalso de la tierra, y sacuden
nuestros buques de guerra en manos
del gran Dios, donde el remordimiento del tiempo vuelve azul
lo que sea que estos marineros cuáqueros hayan perdido
en la furiosa revuelta de sus vidas. Murieron
cuando el tiempo tenía sus ojos abiertos,
era desgarbado y más infantil; solo los huesos permanecen
ahí, en la nada, donde sus barcos fueron arrojados
hacia las nubes, donde los marineros fabulaban acerca del
"¿qué es?", el monstruo blanco.
Lo que esto les costó
es su secreto. En la aceitosa estela del cachalote
veo a los cuáqueros ahogarse, escucho sus gritos:
"Si Dios mismo no hubiera estado de nuestro lado,
si Dios mismo no hubiera estado de nuestro lado
cuando el Atlántico se alzó contra nosotros, ¡vaya!,
entonces nos habría tragado enseguida".

IV.

Este es el fin de la ruta ballenera y de la ballena
que escupió los huesos de Nantucket contra el oleaje
y arremolinó las turbulentas aguas
mandando al Pequod directo al infierno:
este es el fin de todos ellos, en su mayoría locos,
tratando de aferrarse a pajas para navegar
cada vez más adentro en el mar, siguiendo a la ballena que escapa,
que escupe sangre y agua mientras gira,
mareada como un perro ante los cardúmenes atlánticos:
Clamavimus, oh, abismos. Que las gaviotas graznen
pidiendo agua, añorando las profundidades donde la marea alta
se queja por su esencia herida, se queja y se retira.
Las olas se revuelcan sobre su estela, cada vez más afuera,
dejando solo el estertor de los cangrejos.
La playa crece, su enorme hocico
succiona el flanco del océano.
Hasta aquí llegó el correr sobre las olas;
nos han vertido como agua. ¿Quién elevará
su danza al maestro de los leviatanes atado al mástil
desde este campo de cuáqueros, con sus tumbas sin lápida?

V.

Cuando las vísceras de la ballena se deshagan y el ovillo
de su corrupción infeste este mundo,
¿silbará tu espada, marinero, más allá del talado Nantucket,
y Wood's Hole, y Martha's Vineyard,
para luego caer y hundirse en la grasa?
En la inmensa fosa de cenizas del Valle de Josafat
los huesos claman por la sangre de la ballena blanca,
las grasosas aletas de su cola se arquean y le golpean los oídos,
la lanza letal penetra en el santuario y lo revuelve, la espadilla
color de acero se rompe, golpea como un mayal
y acuchilla el espiral de la vida: faena y arrastra
y desgarra haciendo pedazos el vientre del cachalote;
pedazos de grasa se desparraman por los aires,
marinero, y las gaviotas vuelan en círculos sobre los maderos rotos
cuando las estrellas matutinas cantan al unísono
y los truenos sacuden la estela blanca de las olas y despedazan
la bandera roja clavada en el palo mayor. Esconded
nuestro acero, Jonás, Mesías, en vuestro costado.

VI.

Nuestra Señora de Walsingham

Una vez ahí los penitentes se quitaron los zapatos
y recorrieron descalzos el tramo final,
donde los arbolitos, un arroyo y los setos enfilan
lentamente por el mugiente sendero inglés,
como vacas hacia el antiguo templo, hasta que pierdes
la noción del dolor que arrastras;
el arroyo fluye bajo el árbol de los druidas,
los remolinos de Siloé borbotean y alegran
el castillo de Dios. Marinero, te regocijaste
y silbaste a Sión junto a dicho arroyo. Pero mira:

Nuestra señora, demasiado pequeña para su baldaquino,
está situada al lado del altar. No hay belleza
ni encanto en ese inexpresivo
rostro de pesados párpados. Como antes,
este rostro, un recuerdo que vivió por siglos,
Non este species, neque decor,
inexpresivo, expresa a Dios: va
más allá de la amurallada Sión. Ella sabe lo que Dios sabe:
ni a la cruz del Calvario ni al pesebre en Belén,
ahora, el mundo tendrá que venir a Walsingham.

VII.

Los vanos vientos crujen y la encina
salpica y salpica el cenotafio,
las ramas tiemblan y un arpón
sube y baja en el inoportuno
romper de la grasienta ola sobre la baliza de un bajío
en las añejas fauces del Atlántico. Está bien:
Atlántico, estás podrido de azules marineros,
monstruos marinos, ángeles ascendentes, y peces sumergidos:
célibe y corroído, escaso de carnes,
alguna vez mercado de altaneros y alados clíperes,
Atlántico, aquí donde tu desagüe traga su presa
podrías cortar los vientos salobres con un cuchillo
aquí en Nantucket, y arrojarnos a la cara el momento
en que Dios formó al hombre del limo marino
y sopló en su rostro el aliento de vida,
y las olas de pulmones azules se abalanzaron dispuestas a matar.
El Señor sobrevive el arcoiris de su voluntad.

libros
amateur